

*La espiral del directo.
¿hacia un nuevo paradigma audiovisual?*

Efren Cuevas Alvarez

Nuestras sociedades desarrolladas viven una eclosión de las tecnologías de la comunicación que ha disparado la velocidad a la que se vive, el ritmo al que se experimentan los sucesos más cotidianos. Se puede decir sin duda que vivimos más de prisa, afanados en conseguir nuevas metas, en obtener más beneficios, en llegar antes a los sitios. Y en ese contexto, las tecnologías de la comunicación juegan un papel fundamental, configurando una nueva sensibilidad, un nuevo modo de percibir la realidad y de vivir tanto las rutinas diarias como los acontecimientos públicos de carácter político o social.

Es un lugar común afirmar que la evolución de las tecnologías de la comunicación ha marcado en buena medida el desarrollo del último siglo. Sociedades que habían evolucionado con lentitud a lo largo de los siglos han sufrido cambios radicales con la revolución industrial y la pareja revolución de los transportes, con la aparición del ferrocarril, el barco de vapor, el coche, el avión, las autopistas, etc. Un desarrollo aún más radical se observa en las tecnologías de reproducción de la realidad. Durante siglos se había recurrido a la pintura y la escultura como modo de inmortalizar las personas y los lugares. El siglo XIX contempla la aparición de la fotografía, con su capacidad para inmortalizar el instante, y luego aparecerá el cine, con su capacidad para registrar el despliegue temporal de los acontecimientos. A mediados de siglo XX se introduce la televisión en los hogares de Norteamérica y Europa y con ella se tiene acceso a los sucesos en tiempo real —el directo televisivo—, lo que marcará hasta nuestros días buena parte del imaginario colectivo. La aparición del vídeo facilitó aún más el acceso a la realidad inmediata, que luego se ha potenciado con las tecnologías digitales y la incorporación de dispositivos de grabación a aparatos tan manejables como las cámaras de fotos o los teléfonos móviles. La televisión, por su parte, ha incrementado su afán por capturar el despliegue de lo real en su tiempo más inmediato, lanzando canales de noticias de 24

horas o incorporando diferentes formatos de telerealidad en posiciones descaídas de su programación.

La omnipresente tecnología de reproducción de la imagen corre paralela a las tecnologías de reproducción de la palabra. Tras milenios de una cultura básicamente oral, la aparición de la imprenta marca un profundo cambio cultural, que adquiere un nuevo cariz ya en el siglo XIX con la popularización de los periódicos. Mientras, se desarrolla también el telégrafo y el teléfono, para las comunicaciones personales, y la radio, como medio oral que compete con la prensa escrita y más tarde con la televisión. La aparición de la telefonía móvil y la revolución de Internet han supuesto el último vuelco en esa carrera vertiginosa de las tecnologías de la comunicación, en cuya vanguardia encontramos ahora el fenómeno de las redes sociales.

Esta rápida panorámica de la evolución de las comunicaciones sitúa en primer plano un vector dominante que la atraviesa: la velocidad. Nuestra generación se puede comunicar más rápido y de un modo más eficiente que ninguna sociedad anterior. Podemos reproducir la realidad que nos rodea con una mayor facilidad y rapidez, gracias a las tecnologías domésticas a nuestro alcance —cámaras, teléfonos móviles—; al tiempo que nuestros movimientos son grabados de un modo cada vez más sistemático por los nuevos mecanismos de control, la mirada de cámaras de vigilancia que pululan en edificios públicos, calles o centros de transporte. Cada vez estamos más conectados a los demás, a través del teléfono, por supuesto, pero también de las redes sociales y de los nuevos servicios de *microblogging* como Twitter, hasta el punto de que parece como si las nuevas generaciones no entendieran la vida si no la experimentan a través de esas nuevas tecnologías de la comunicación.

Así las cosas, surgen inevitablemente diversas preguntas: ¿qué tipo de sociedad está cuajando a consecuencia de estos desarrollos tecnológicos? ¿estamos presenciando un cambio de paradigma en el modo en el que la realidad es percibida y representada? ¿asimilamos de modo crítico esas tecnologías o nos dejamos arrastrar por la fascinación de sus posibilidades técnicas? El presente capítulo pretende reflexionar sobre estas cuestiones, a partir de las respuestas que han ofrecido algunos de los análisis contemporáneos más destacados. En este sentido, más que ofrecer argumentos nuevos, este texto busca poner en diálogo aportaciones diversas, para desde ahí apuntar algunas respuestas que nos ayuden a repensar el panorama actual de la representación audiovisual.

4.1. Hacia una cultura de la imagen inmediata o la espiral del directo

No hay duda de que un punto de partida inevitable de la reflexión contemporánea es la capacidad que ofrecen las actuales tecnologías de la comunicación para registrar en tiempo real todo tipo de acontecimientos y para ponerlos a disposición de un público mundial a través de Internet o de la televisión convencional. Se puede afirmar que en la actualidad podemos ver casi todo, bien porque un dispositivo automático nos lo ofrece (una cámara de vigilancia o una webcam), bien porque alguien lo ha grabado y luego colgado en la red (llegando al punto de romper las censuras de regímenes dictatoriales, como ocurre cuando se graban con móviles protestas populares —como las ocurridas en Irán en 2010— que esos regímenes ocultan a sus ciudadanos, pero que se conocen en el exterior a través de los nuevos medios). Esta accesibilidad de la imagen ha llevado a Rob Barram a afirmar que «un nuevo ocularcentrismo ha surgido en los últimos diez años que ha reconfigurado el modo en el que vemos el mundo y ha cambiado de un modo dramático el modo en el que participamos en él» (2004: 287). Barram sitúa su discurso en el contexto de las propuestas más conocidas del francés Paul Virilio, quien afirma que se ha creado una nueva realidad ocular que surge de la combinación de las nuevas tecnologías visuales, el fenómeno de la compresión del tiempo y la dromología (la ciencia de la velocidad). Este énfasis en la dimensión temporal también es subrayado por otros autores, como Barbara Adam o Helga Nowotny, que en su estudio del papel del tiempo en las sociedades contemporáneas, se han referido a «la primacía de los *time-scales* en la construcción del mundo sociocultural» (Barram, 2004: 286). Se observa, por tanto, una coincidencia a la hora de caracterizar la sociedad contemporánea como aquella en la que la inmediatez en la representación de la realidad se ha convertido en un factor dominante, dando prioridad a la velocidad de transmisión sobre el valor social, político y cultural de las imágenes y las palabras.

Esta transformación de la sociedad y los peligros que conlleva constituye uno de los temas centrales del pensamiento de Paul Virilio, que le ha llevado a adoptar en las últimas décadas una posición de profeta que denuncia las tiranías de la reconocencia. Virilio ha realizado un sugerente diagnóstico de la evolución de las sociedades desarrolladas, articulado en torno al concepto de velocidad, parejo al desarrollo de las tecnologías de la comunicación (1997: 16-24). El autor francés ha acuñado un término característico para hablar de estos peligros, la contaminación dromológica, causada por las nuevas tecnologías, que comprimen cada vez más el tiempo de transmisión

y recepción de las imágenes, reduciendo la distancia temporal necesaria para mantener una «perspectiva real», con efectos tanto individuales como sociales. En nuestra era, afirma, el tiempo se ha convertido en la coordenada dominante; en detrimento del espacio: «El tiempo real prevalece hoy en día sobre el espacio real y la geoesfera. La primacía del tiempo real, de la inmediatez, sobre y por encima del espacio y la superficie, es un hecho y posee un valor inaugural, nos introduce en una nueva época» (Virilio, 1995). Esta nueva dinámica llega a amenazar el tejido social y las estructuras sociales y políticas, apuntando al final de la democracia, como sistema basado en la reflexión y el intercambio: «La democracia está amenazada en su temporalidad, pues el tiempo de espera para un juicio tiende a ser eliminado» (1997: 86), para ser reemplazado por las audiometrías y los sondeos, que nos dan la opinión de la sociedad en tiempo real, la democracia virtual.

Habrà quien valore esas tesis de Virilio como excesivamente pesimistas, pero no hay duda de que sus juicios están apuntando hacia una tendencia evidente en nuestras sociedades occidentales. Nos encontramos rodeados, inundados, de imágenes y textos recibidos en tiempo real o con lapsos temporales cada vez más reducidos, sin tiempo para procesar y asimilar tanta información, lo que nos hace cada vez más dependientes de los medios que nos transmiten esa información —televisión, Internet, telefonía móvil—, en detrimento de la experiencia directa de la realidad y de las relaciones personales, vinculadas a espacios reales y no virtuales.

Se trata de una situación que nos remite inevitablemente a la cultura del simulacro señalada por Jean Baudrillard (1984) como característica de nuestra sociedad, en donde las representaciones de la realidad se vuelven más reales que la propia realidad, en donde el simulacro precede a la realidad hasta llegar a eliminar todo referente de nuestra experiencia cognoscitiva. No obstante, resulta significativo el hecho de que Baudrillard comienza el conocido ensayo en donde desarrolla esta idea —«La precesión de los simulacros» (1984)— con una imagen de carácter espacial: el mapa que, según cuenta un relato de Borges, es dibujado con tal precisión que termina sustituyendo exactamente al territorio que representa. Sin embargo, el nuevo paradigma que parece configurar nuestra sociedad está condicionado por un vector temporal, no espacial, como señala Virilio cuando afirma que el tiempo real prevalece actualmente sobre el espacio.¹

¹ Es cierto que fenómenos como Google Earth y Google Maps evocan el cuento borgiano citado por Baudrillard, pero sin llegar a rebatir la primacía de la temporalidad como rasgo más determinante de la evolución de nuestra sociedad de la información.

Esa carrera acelerada para representar la realidad de modo cada vez más inmediato busca alcanzar lo que Josep M. Català ha denominado como «el grado cero de la imagen» o la imagen directa (177-187), un fenómeno que, según este autor, está cambiando nuestra experiencia de la representación visual hasta el punto de llegar a crear una confusión «entre la visión directa de lo real y la visión de una imagen técnica de ello» (178). En este sentido, las tecnologías digitales han supuesto un eslabón clave, pues no sólo ha aumentado la capacidad para capturar y almacenar información y para hacerla accesible en una escala global antes impensable, sino que ha cambiado el propio proceso de elaboración de las imágenes. Se ha comprimido el tiempo de elaboración que todo proceso fotográfico requería, y que de algún modo implicaba una fabricación, una reflexión sobre el proceso, para llegar a una elaboración instantánea, a esa «imagen directa», de costes mínimos y por tanto repetible, reciclable, eliminable. No resulta extraño, por tanto, observar cómo esa tecnología digital ha provocado una rápida expansión de la imagen estereotípica del turista —antes japonés, ahora ya de cualquier raza o país—, sacando fotos o grabando con su cámara todo lo que le rodea, incapaz de experimentar directamente ese espacio y ese tiempo reales, en su afán de conservarlo para un tiempo futuro en el que apenas tendrá tiempo para recuperarlo. No hay más que pensar, por ejemplo, en una jornada típica de excursión o turismo, que no raramente acaba con sus protagonistas en casa descargando las fotos y viéndolas en el monitor o pantalla televisiva, como si la experiencia real de ese día no se completara hasta que se compartiera su representación visual.

Esta fascinación por la inmediatez tiene su correlato en los modos de representación que se están imponiendo en las empresas de comunicación, con especial impacto, como es lógico, en televisión e Internet. La televisión ha sido, desde sus inicios, el medio por antonomasia para la cobertura en directo, desde acontecimientos históricos como la llegada del hombre a la Luna hasta eventos locales de lo más variopinto. Pero esa función se ha disparado en la primera década del siglo XXI, en la que el directo televisivo parece dominar cada vez más la parrilla televisiva: en el ámbito noticioso, los informativos recurren de modo sistemático a conexiones en directo para sus noticias más relevantes y abundan cada vez más las coberturas de acontecimientos —sobre todo deportes— de larga duración; y en el ámbito del entretenimiento, además de los programas emitidos en directo, se observa la invasión de los formatos de telerealidad, que se venden bajo la promesa de acceso directo a unas vidas ajenas. Cabría hablar, en este sentido, de una «espiral del directo», que parece arrojar al resto de la programación bajo un efecto de remolino que nadie consigue parar, y

que no hace más que replicar esa cultura del tiempo real que Virilio señala como factor determinante de nuestra sociedad.

4.2. De la telerealidad a las cámaras de vigilancia

La telerealidad constituye de por sí un fenómeno singular en la cultura audiovisual contemporánea, por su singular mezcla de entretinimiento, voyeurismo y directo televisivo. Si tomamos como referencia su programa arquetípico, *Gran hermano*, sorprende de partida su capacidad para construir una retórica del «tiempo real» como fundamento de su atractivo ante las audiencias.² No se oculta, sino más bien todo lo contrario, que el espacio en donde se despliegan las vidas de los participantes es artificial. Lo que se vende es el acceso restringido a esas vidas, pues sus veinticuatro horas serán grabadas por una multitud de cámaras que captarán todos sus movimientos. Sin embargo, es de todos conocido que se ha realizado una elaborada selección de los participantes (altamente publicitada, además, en las semanas previas al programa) y que durante el programa hay un seguimiento pauteado a través de diversas estrategias, más o menos transparentes para el público.

Sorprende, por tanto, el alto índice de sus audiencias, especialmente en España, en donde el formato ha batido récords, con su undécima edición ya concluida de nuevo con buenos resultados. Sin duda su carácter voyeurístico sigue siendo uno de sus reclamos principales: esa promesa de poder mirar, de poder inmiscuirse en la vida de unos personajes, sin ser vistos por ellos (que implica, por otra parte, el negar la evidencia de que ellos están actuando, conscientes sobremana de ser observados y juzgados por el público). También cabe explicarlo si tenemos en cuenta la diferente sensibilidad de los espectadores hacia la representación de los ámbitos privados e íntimos, conectada con la mayor familiaridad con las tecnologías de vigilancia visual. Las cámaras de vigilancia siempre habían sido percibidas con cierta sospecha en nuestras sociedades, pues implicaban que alguien me está vigilando sin que yo sepa realmente quién ni donde ni para qué. Sin embargo, la expansión de esos mecanismos de control visual es tal que se han llegado a aceptar como parte del decorado urbano, amparados en

² No pretendo realizar aquí un análisis sistemático de la telerealidad ni de *Gran hermano*, temas sobre los que ya existe una abundante bibliografía. Cfr., por ejemplo, el libro editado por Ernest Mathijs y Janet Jones, *Big Brother International: Formats, Critics and Publics* (2004).

la garantía de seguridad que ofrecen ante los crecientes peligros de las sociedades urbanas.

Sin embargo, no deja de sorprender que esa estrategia de vigilancia se haya convertido en la base de toda una serie de programas con audiencias masivas en la televisión contemporánea. Más allá de la inevitable mercantilización de la intimidad que estos programas han traído consigo, expandiéndose también a programas afines de televisión «rosa», este fenómeno también puede encontrar cierta explicación en una experiencia más general de nuestra sociedad contemporánea, como propone Vincent Pecora. Este autor mantiene que la telerealidad surge en una época en la que cada vez estamos más acosados por los aparatos de nuestra intimidad, a través de Internet y las redes sociales, como si necesitaráramos ser observados para sentirnos reales. De este modo, Pecora sugiere que la observación o la vigilancia se entienden cada vez menos como un mecanismo de control, ya sea temido o bienvenido, y más como «un camino populista de auto-afirmación y como una fuente disponible de conocimiento sobre las normas actuales de comportamiento grupal» (348). Así lo explica con humor el propio autor: «Soy bombardeado casi a diario con noticias (y peor todavía, ¡con fotos de vacaciones!) de primos que viven en otros continentes, y me siento tecnológicamente retrasado porque yo (todavía) no muestro mi vida personal en una página web constantemente actualizada. Si bien estas formas de observación son sin duda menos opresoras que las que anunció Orwell, encarnan en un grado sorprendente cómo la cultura moderna está dominada por la práctica de comprobar la realidad» (348), de saberse observado al otro lado de la red como modo de sentirse vivo a este lado, en la vida «real».

Por otra parte, esa especie de garantía de lo real que proporcionan los sistemas de observación o vigilancia —desde las cámaras de vigilancia hasta las redes sociales— encuentra también su eco en la valoración que dichas imágenes reciben en un contexto de crisis de confianza en la imagen como fuente de conocimiento. En esta línea se desarrolla la interesante propuesta de Thomas Y. Levin sobre la nueva indexicalidad que aportan las imágenes de vigilancia. Este autor parte del debate actual sobre el valor indexical de la imagen digital, desligada ya de la vinculación física con el referente que sí tenía la imagen registrada en el celuloide (de la cámara fotográfica o cinematográfica). Las imágenes digitales carecen de ese soporte físico del celuloide, y resultan por tanto fácilmente manipulables, incluso construibles sin ningún referente externo, como ocurre en el caso de las imágenes sintéticas, por lo que el grado de confianza que generan como modo de acceso a la realidad se ha vuelto más frágil. Sin embargo,

Las imágenes captadas por cámaras de vigilancia, aunque también tengan un soporte digital, transmiten una confianza en su carácter indexical similar al que tenían las imágenes captadas en el celuloide. Esto se debe a que han sido captadas automáticamente, por una máquina, y a que muestran imágenes en «tiempo real», por lo que se excluyen a priori las dos vías de intervención más convencionales: la grabación y el montaje. Esto le lleva a Levin a afirmar que estas imágenes muestran un nuevo tipo de indexicalidad, ya no espacial sino temporal:

Lo que ocurre aquí es que la indexicalidad espacial que ha gobernado la condición fotográfica ha sido reemplazada por una indexicalidad temporal, una imagen cuya verdad se supone «garantizada» por el hecho de que está ocurriendo en el así llamado «tiempo real» y que, por lo tanto —en virtud de sus condiciones técnicas de producción—, se supone que no es susceptible de manipulación en la postproducción. La retórica indexical tan fundamental en el cine pre-digital de naturaleza fotográfica sobrevive de este modo en la era digital, aunque ahora reconceptualizada en la forma de la indexicalidad temporal de la imagen de vigilancia en tiempo real. (592)

Cabría matizar que más que tratarse de un nuevo tipo de indexicalidad, lo que Levin pone de relieve es el nuevo modo de garantizar dicha indexicalidad, no basado ya en la copresencia de referente y cámara, sino en el propio despliegue temporal de la imagen, marcado por su carácter automático e inmediato, lo que supone una reformulación más de la primacía de la ordenada temporal sobre la espacial, apuntada arriba por Virilio. De todos modos, no se trata sólo del carácter inmediato de las imágenes de vigilancia, en cuanto que captan y muestran imágenes en tiempo real, pues eso ya lo realiza habitualmente la televisión convencional en sus transmisiones en directo. Lo que aquí singulariza a esas imágenes es su grabación automática, sin intervención humana, lo que les confiere un aura de autenticidad que asociamos a la no manipulación humana, a esa «imagen grado cero» que ya en su momento el «cine directo» estradounidense promovió como prototipo de verdad documental. Su carácter automático —señalizado por la posición de las cámaras, por la baja calidad de la imagen, por su frecuente registro en blanco y negro— le aporta una condición de imagen no mediada, no interesada, que provoca esa lectura ingenua por parte del espectador, el cual le concede la garantía indexical a la que se refiere Levin.

En ese contexto se podría situar, por ejemplo, un caso reciente que muestra de modo paradigmático la potencialidad indexical de las imágenes de vigilancia: el 19 de enero de 2010 un líder de Hamas fue asesinado en un

hotel de Dubai; semanas después la policía de ese emirato publicó en Internet un vídeo realizado a partir de lo filmado por las cámaras de vigilancia del hotel, en el que aparecen los movimientos del grupo sospechoso del asesinato, para demostrar su acusación de que el asesinato fue realizado por los servicios secretos israelíes. El impacto que produce este vídeo se apoya en la garantía de que las imágenes no han sido manipuladas, grabadas por unas cámaras automáticas y autenticadas por un organismo policial (que destrerra, en principio, la sospecha de que estamos ante un falso documental). Es interesante ver el comentario que realiza Arcadi Espada en su blog, desde la posición de periodista experto, que no teórico ni especialista en cine: «Todo lo que hay en ella, texto e imágenes, es veraz. Algo así como una novela donde todas las palabras correspondieran a un hecho: es decir el viejo sueño fracasado de Capote & sons, resuelto por fin con éxito: ni un nexo sobrero, ni una dramatización espuria; sólo el tiempo. Llevando firme el pulso del relato». Sin quererlo, Espada está parafraseando a Levin, en su perspicaz observación de esa nueva garantía de la indexicalidad de las imágenes. Pero también glosa en cierto modo a Pecora, por esa necesidad de ser observados para existir, cuando dice a continuación: «El virtuosismo técnico es grande y grave pero no permite que el espectador llegue a la habitación del crimen. Sin embargo, parece que los asesinos interrogaron a su víctima durante un cuarto de hora y después la electrocutaron. Es muy probable que lo grabaran todo. Sin filmarla, ya ni la muerte existe».³ En realidad aquí remite también a Baudrillard y a la representación que reemplaza la realidad, sino fuera porque esas imágenes están vinculadas a la muerte de una persona, y la constatación de esa muerte no deja lugar a dudas sobre la persistencia de lo real frente a su representación.

4.3. *Abrirse camino en la jungla de la imagen inmediata*

Nos encontramos pues con una espiral del directo, de la imagen inmediata, que está configurando de modo casi tiránico modos y actitudes en nuestra sociedad contemporánea: rodados de pantallas que ofrecen imágenes y sonidos de modo continuo —cine, televisión, ordenadores, cámaras, móviles— y de instrumentos de grabación —cámaras de cine/vídeo/fotografía, webcams, móviles, cámaras de vigilancia— que se encargan de mantener vivo el suministro, no resulta sencillo articular una posición coherente, que impida ser

³ Blog «Diarios de Arcadi Espada», 19 de febrero de 2010. [www.arcadiespada.es/2010/02/19/-de-febrero-2/] Consultado el 21 de febrero de 2010.

arrastrado por el remolino de esas imágenes incesantes. No hay ningún problema en almacenar ese flujo creciente, pues la informática sigue generando una tecnología cada vez más potente para el almacenamiento, pero sigue en el aire el modo de acceder con sentido a ese volumen de imágenes y palabras.

Cabría reaccionar como hizo en su momento Gordon Bell, investigador de Microsoft Research, que en 2001 decidió empezar un proyecto que llamó MyLifeBits, para almacenar todo tipo de datos relacionados con su vida cotidiana.⁴ Su equipo digitalizó todos los documentos que tenía de sus años anteriores y a partir de ese momento comenzó a registrar todo lo que hacía: documentos, fotos, transacciones (llamadas telefónicas, correos, navegación en la red, etc.) e incluso sus movimientos (a través de un GPS). Seis años después, en 2007, contaba con 150 gigabytes de datos personales. Su equipo de investigación se enfrentó entonces al problema de cómo recuperar ese material, cómo lograr información útil de semejante banco de datos. Cabe preguntarse, no obstante, si la pregunta más relevante no es «cómo» sino «cuándo» —es decir, cuándo encontrar el tiempo para volver sobre tantos datos con un cierto sentido—, lo que nos llevaría a la pregunta clave: por qué o para qué acumular tantos datos. De modo intuitivo, podemos aventurar que semejantes desarrollos tecnológicos están creando esclavos de la tecnología, personas absorbidas por las enormes posibilidades que proporcionan las actuales tecnologías de la comunicación. Gordon Bell parece uno de ellos, aunque él afirma que no, que se trata de no obsesionarse con acumular todo tipo de datos hasta convertirse en un esclavo dedicado a alimentar la «e-memoria». Para él su proyecto —rebautizado como *Total Recall* en su libro—, utiliza la tecnología para crear una e-memoria que pueda ayudar a la memoria biográfica cuando ésta lo necesite (partiendo de que la mayoría de los datos se registran de modo automático).⁵

La idea de Bell parece interesante, pero la experiencia cotidiana —en relación, por ejemplo, con el uso actual de las redes sociales por los adolescentes— no resulta tan halagüeña. Desde una perspectiva más teórica, Josep

⁴ La información se puede encontrar en <http://research.microsoft.com/en-us/projects/mylifebits/>. Gordon Bell ha publicado recientemente un libro sobre este proyecto, en colaboración con Jim Gemmell (encargado de desarrollar el software para el proyecto), titulado *Total Recall: How the E-Memory Revolution Will Change Everything* (Dutton Adult, 2009).

⁵ Así lo explica como apoyo a una experiencia similar que realiza el periodista de la CNN John D. Sutter: [<http://totalrecallbook.com/blog/2009/11/29/john-d-sutter-cnn-my-week-of-recording-a-digital-memory.html>] Consultado el 10 de enero de 2010.

M. Català aborda estas cuestiones en el contexto de su análisis de la cultura visual contemporánea y con una mirada menos optimista. Català afirma que nos estamos moviendo de una era voyeurística —en donde el *voyeur* estaba interesado en la realidad que observaba sin ser observado—, a otra era post-voyeurística, en la que el *post-voyeur* se encuentra prisionero de un entorno saturado de imágenes y sonidos, esclavo de esa hipertexto creada por la cultura del directo y de la visión total que le lleva a querer verlo todo: «Lo que el post-voyeurismo de la visión total e instantánea genera es un estado de ansiedad frente a la proliferación de acontecimientos que ésta procura y que se teme perder» (187). De este modo, se revierte el modelo voyeurístico, pues «el ojo ya no va en busca de la realidad (...), sino que ahora es la realidad la que va en busca del ojo, la que le exige a éste su presencia para recibirla», manteniendo al espectador prisionero «de una constante efusión de expectativas nunca totalmente satisfechas» (187), a expensas de un flujo de imágenes en tiempo real que nunca acaba de ser suficiente. El tono de este diagnóstico parece un tanto sombrío, pero responde a unas dinámicas que de hecho están sustentando los medios de comunicación convencionales, ya sea en su formato tradicional (radio o televisión) o en sus portales multimedia de Internet. Los medios necesitan de un público esclavo para mantener sus índices de audiencia y por tanto su negocio, necesitan de gente que consuma programas informativos y de entretenimiento a diario, aunque su contenido resulte repetitivo o superficial. Al mismo tiempo, las dinámicas cotidianas de la sociedad contemporánea se muestran cada vez más dependientes de la comunicación en directo, con el teléfono móvil como el icono más visible de esa tendencia, incapaces de esperar a llegar a casa y usar el teléfono fijo (que con frecuencia no supone un nuevo coste, pues ya está cubierto por la conexión ADSL); o incapaces de esperar para consultar Internet y el correo electrónico, pues ya lo pueden recibir en sus dispositivos móviles, a pesar de la mayor incomodidad de las pequeñas pantallas. Y cuando uno llega al hogar, le espera su tiempo de conexión a Tuenti o Facebook, que necesitan ser alimentados con frecuencia —aunque quizá ya lo han hecho desde el móvil vía Twitter— con nuevos contenidos sobre lo que están haciendo, a poder ser «en tiempo real», para poder ser alguien ahí en la red, para saberse conectados con nuestra red de «amigos».⁶

⁶ Resulta curioso, incluso irónico, descubrir que el blog de Gordon Bell informa sobre la posibilidad de desaparecer completamente de la red a través de un software desarrollado en Holanda. The Web 2.0 Suicide Machine (<http://suicidemachine.org/>), que permite borrarse automáticamente de cada red social, eliminando también todos los «amigos».

:Hacia dónde nos lleva esta tendencia? Resulta difícil de aventurar, pues tampoco cabe caer en el determinismo tecnológico, que llevaría a una visión oscura del futuro de la humanidad. La historia ha demostrado que el ser humano sabe adaptarse a las nuevas posibilidades que le ha brindado la tecnología, reconfigurando hábitos y modos de conocimiento en dicho proceso de adaptación. Pero eso no debe hacernos olvidar que las tecnologías no son neutras, que su implantación conlleva consecuencias positivas y negativas, y que en la medida en que separamos asumirlas de modo crítico podremos minimizar sus efectos negativos y optimizar los positivos. Lo que Cataluña, y antes Virilio, están recordando es que nos enfrentamos a un nuevo paradigma mediático, un nuevo paisaje comunicativo, que se podría resumir en la conocida y controvertida cita de Virilio: «El *agui* ya no existe, todo es *aborna*» (2000: 116). La cultura del directo —en su sentido más amplio, que incluye las nuevas tecnologías de la comunicación y las redes sociales— está apuntando a un paradigma social en donde se ha reducido o eliminado la distancia temporal: ese tiempo necesario para procesar las imágenes y las palabras; ese tiempo que nos ayudaba a distinguir lo banal de lo importante; ese tiempo que permitía a las relaciones personales desplegarse y crecer; ese tiempo que permitía a la sociedad discutir en el foro público acerca de lo mejor, como rasgo característico de los sistemas democráticos de participación ciudadana (Virilio, 2000). Esta es nuestra sociedad —marcada por la hipertrofia de lo visible— y ella nos reclama una reflexión profunda sobre el modo de dotar de sentido a las nuevas posibilidades que las tecnologías de la comunicación están creando. Una reflexión que nos ayude a romper el espejismo de una tecnología que se presenta como progreso indiscutible —en cuanto garante del acceso a más información, a más realidad— y que ayude a desarrollar la capacidad crítica de los usuarios/espectadores, necesitados de calidad y no sólo cantidad, de modos adecuados de interpretación —y no sólo de acceso— a la realidad. Para esa tarea cabe apelar, como cierre, a esos conocidos versos de T. S. Eliot que siguen resonando como inspiración fecunda para repensar nuestra sociedad de la información:

:Dónde está la sabiduría que hemos perdido en conocimiento?
:Dónde el conocimiento que hemos perdido en información?

Bibliografía

- BARTRAM, Rob (2004). «Visuality, Dromology and Time Compression: Paul Virilio's New Ocularcentrism» en *Time & Society*, vol. 13, nº 2-3, pp. 285-300.
- BAUDRILLARD, Jean (1984). *Cultura y simulacro*. Barcelona: Kairós.
- BELL, Gordon y GEMMELL, Jim (2009). *Total Recall: How the E-Memory Revolution Will Change Everything*. Nueva York: Dutton Adult.
- CATALÀ, J. María (2008). «El grado cero de la imagen: Formas de la presentación directa» en ORTEGA, María Luisa y GARCÍA, Noemí (eds.). *Cine directo: reflexiones en torno a un concepto*. Madrid: T&B editores, pp. 587-593.
- LEVIN, Thomas Y. (2002). «Rhetoric of the Temporal Index: Surveillant Narration and the Cinema of 'Real Time'» en LEVIN, Thomas Y., FROHNE, Ursula, WEIBEL, Peter (eds.). *CTRL [SPACE]: Rhetorics of Surveillance from Benjamin to Big Brother*. Cambridge, MA: The MIT Press, pp. 578-793.
- MATHIJS, Ernest y JONES, Janet (2004). *Big Brother International: Formats, Critics and Publics*. Londres y Nueva York: Wallflower Press.
- PECORA, Vincent P. (2002). «The Culture of Surveillance» en *Qualitative Sociology*, vol. 25, nº 3, pp. 345-358.
- VIRILIO, Paul (2000). *Information Bomb*. Londres: Sage.
- (1997). *El ciber mundo, la política de lo peor*. Madrid: Cátedra.
- (1995). «Speed and Information: Cyberspace Alarm!»., *CTHEORY* [www.ctheory.net/articles.aspx?id=72] Consultado el 15 de enero de 2010.